

## GOBERNABILIDAD Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Raymundo RIVA PALACIO

La Cámara de Diputados y el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM nos han convocado a un foro sobre gobernabilidad democrática. El tema es amplio y a la vez puntual, sobre todo para hablar sobre un punto que compete a mi entorno, el de los medios de comunicación. Las experiencias internacionales nos han mostrado a los medios de comunicación como un factor clave, a veces decisivo, en los procesos de transformación democrática y en su consolidación a través de la gobernabilidad que pueden acompañar y vigilar, o la inestabilidad que también pueden desatar. La concientización de varias sociedades a través de los medios para que empujaran y presionaran hacia esa forma de organización social y política ha sido notable.

No voy a hacer una historia de los profundos cambios que ha sufrido la prensa mexicana a lo largo de las últimas décadas. Quisiera hablar asumiendo que el proceso de transición democrática cerró su ciclo, dando entrada a la tercera fase de desarrollo político, el de la consolidación democrática, que es donde considero nos encontramos y que, por cierto, suele ser la de mayor riesgo para una regresión política.

Uno de los beneficios tangibles de una democracia es que se favorece el debate abierto sobre asuntos de interés para la sociedad civil, entendiendo que los actores políticos, como los medios que son parte de ellos, componen lo que podríamos denominar la “sociedad política”.

Hoy nos encontramos viviendo en medio de imágenes y noticias que diseminan los medios. Las instituciones los utilizan como vehículos de comunicación política. Los productos materiales que se dirigen a la sociedad de consumo también hablan a través de la publicidad. Somos todos parte de redes de intercambio simbólico, con un lenguaje que tiene entre las señas y los signos una de sus principales herramientas, somos consumidores, antes que todo, de mensajes.

Los ritmos de nuestra sociabilidad y nuestra propia comprensión del entorno se han ajustado a un contexto de información instantánea y comunicación de los sucesos en tiempo real.

Muchas veces nos encontramos con el fenómeno desatado por los propios medios que generan eventos que por sólo esa razón pasan a ser definidos como reales, o acontecimientos que no llegan a existir simplemente por no haber sido admitidos, seleccionados y transmitidos por ellos.

La comunicación se ha convertido en la expresión primordial de nuestra época. Es su semblante, su punto de exposición, su elocuencia. Pero también su fetiche y, probablemente, el origen de algunas de sus contradicciones más fundamentales.

\*

En las dos últimas décadas hemos visto que ante el debilitamiento de las instituciones y el descrédito de partidos políticos y los políticos en general, los medios pasaron a ocupar los espacios de interlocución e intermediación con la sociedad. México no estuvo ausente de la mejor tradición que dejó como legado el pensamiento liberal-democrático del siglo XVIII, que presenta a la esfera pública como un espacio abierto donde la información relevante se encuentra ampliamente disponible, la discusión se desenvuelve sin interferencia del Estado, y todos aquellos que participan en esa arena lo hacen en un pie de igualdad.

Dentro de esa esfera pública se ubica la gente que determina colectivamente, a través de la deliberación racional, la dirección que desea imprimir al desarrollo de su sociedad, incidiendo en la orientación de las políticas públicas y en las pautas de comportamiento social. Son los medios de comunicación, precisamente, los que facilitan ese proceso, proporcionando una arena de discusión que permite al ciudadano privado aparecer bajo la forma de opinión pública. Esta es, por supuesto, la visión ideal que encierra el modelo de la esfera pública. La realidad es diferente.

La esfera pública no es un espacio neutral al cual todos acceden libremente en igualdad de condiciones, se ha transformado en un mercado de comunicaciones e información estructurado desde el lado de la oferta como un sistema industrial, y desde el lado de la demanda como un agregado de públicos que consumen noticias, interpretaciones y entretenimien-

to. Estos factores objetivos provocan que la discusión sobre el bien público sea asimétrica, pues se halla determinada por la oferta, y la distribución de oportunidades para acceder al debate es desigual porque el poder del público se limita a elegir entre medios competidores.

De esta forma, el debate público está muy lejos de ser una deliberación racional sobre el desarrollo de la sociedad, en parte por el alcance masivo de los medios, en parte por su financiamiento regido por la venta de la publicidad, y en parte por la complejidad de los asuntos políticos, creando no una sociedad políticamente democrática, sino una democracia de las emociones.

Dicho de otra manera, la esfera pública, que representaba una voz crítica que analizaba y que frecuentemente se oponía al gobierno, evitando el dominio de un Estado poderoso, se ha convertido en una forma manipulada de publicidad, donde políticos, anunciantes y publirrelacionistas tratan de crear y manipular a un público falso. Parece obvio señalar que la esfera pública se ha erosionado con los cambios económicos y estructurales al involucrar hacia una refeudalización de la sociedad.

Como consecuencia, la característica central de la esfera pública que era el debate racional-crítico, ha sido remplazado por el entretenimiento y los medios, donde el crecimiento de las nuevas disciplinas que produjo el mercado, como la mercadotecnia y las relaciones públicas que hoy son inherentes a la política moderna, buscan manipular la esfera pública para fabricar un consenso que va remplazando, con sus actitudes, al de las instituciones.

\*

Esto nos introduce plenamente al papel de los medios de comunicación en México, que en lugar de actuar como facilitadores de una arena de discusión pública, se han ido transformando en protagonistas directos del debate, imponiendo su propia agenda y buscando incidir directamente sobre las políticas gubernamentales y el comportamiento de los actores centrales.

Las nuevas formas de realidad en los medios, particularmente en los electrónicos, y la creciente falta de respeto para las autoridades en la forma de instituciones, ha producido una sociedad que ya no es racional, ni

está informada, ni tiene un espacio unificado en donde podamos comunicarnos.

Abunda la trivialización, la comercialización, el espectáculo y la fragmentación, que como factores combinados, alientan la apatía entre los ciudadanos y vulneran el principio democrático del derecho a estar informado para que, en la medida de que la sociedad esté mejor informada, tome mejores decisiones políticas. Vemos hoy que el fenómeno mediático apunta ominosamente en la dirección contraria.

Estamos enfrentados y polarizados, encolerizados y encendidos, rompiendo normas, convenciones y parámetros, alentando la crispación y la confrontación.

La información contundente y el contexto necesario, han sido reemplazados por el epíteto y la descalificación de quien piensa diferente, en una espiral de intolerancia que reúne las características típicas del discurso de odio que ha dividido irreversiblemente a otros pueblos y conducido a la violencia: abusivo, insultante, intimidatorio, hostigador.

La libertad de expresión ha quedado reducida a un pretexto. En los tiempos que vivimos, bajo la coartada de la libertad de expresión están germinando las peores semillas del autoritarismo. En el doble discurso, lo que se dice defender es precisamente lo que se está aniquilando. En esta dialéctica alentamos la polarización y degradamos el debate. Proyectamos una imagen en blanco y negro, sin posibilidades de matices, en un maniqueísmo que nos pone a discutir lo banal enfrentando a todos contra todos, y ayudando a dinamitar los puentes de comunicación y atemperamiento político.

\*

Los principios fundamentales del periodismo, que son el realizar un ejercicio justo y balanceado, se están vulnerando con demasiada facilidad. El periodismo tiene como función central aportar a sus audiencias los temas en qué pensar, no en cómo pensar, y una responsabilidad social que lo excluye por naturaleza como un actor político con filias y fobias. Disfrazados de librepensadores que ejercitan el periodismo, vemos ahora una militancia que llevan al máximo, desdoblado la intolerancia. El fenómeno del discurso en los medios mexicanos, lleno de prácticas intolerantes, dibuja el extremismo que se vive.

Propaganda, podría describirse mejor aquella actitud periodística, y es lo que estamos viendo en los medios mexicanos. Junto con ello podemos observar un lenguaje incendiario y agresivo. Ha dejado de ser inusual escuchar o leer palabras altisonantes en los medios de comunicación, y son empleadas frecuentemente por los conductores y los columnistas para criticar actitudes de personajes y estamparles calificativos. El análisis ha sido remplazado por el insulto artero que refleja una pobreza intelectual para encontrar las palabras que describan los hechos y los comportamientos, en una creciente frustración, angustia, ansiedad y cólera.

La propaganda y el discurso del odio suelen ir de la mano. Antes teníamos propaganda, pero había autocontrol en el tono y en la intencionalidad de la palabra. Hoy cantamos loas a la libertad de expresión mientras la derruimos. Vivimos la explosión democrática, pero nuestra cultura es autocrática.

El problema no queda reducido a los medios sino, como hemos visto líneas atrás, el impacto que tienen en la sociedad y por la forma como han ido modulando a la opinión pública, remplazando en paralelo a las instituciones, se convierte en un problema para la gobernabilidad democrática. La esfera pública mexicana se ha convertido en un espacio donde reina la anarquía, donde el debate crítico-racional se transformó en discusión ideológica, partidista, militante, donde lo que proyectan los medios, sirviendo de altoparlantes de los políticos y magnificando las diferencias y los gritos, es un caos político donde es mejor cavar una trinchera porque lo único que se avecina es la violencia.

\*

¿Qué hacer? En este foro que buscan encontrar de entre las preocupaciones las coincidencias para avanzar hacia la construcción de una nueva sociedad, el papel de los medios no sólo es importante, sino indispensable para la consolidación democrática y la gobernabilidad que ello supone.

Una reforma del Estado no puede ser integral si no comprende una reforma en los medios de comunicación. El tema tiene la etiqueta de tabú, pues tantas veces como surge, aparecen las denuncias de que lo único que se busca es coartar la libertad de expresión. Me parece que el debate ha sido artificial y generado por las mentes más conservadoras de la in-

dustria y el gremio que pretenden mantener el *status quo* esgrimiendo el discurso censorista.

Pero la consolidación democrática no será posible sin la reforma de los medios. No es, como tantas veces se le ha denunciado, para acotar la bien ganada libertad de expresión, ni para frenar sus posibilidades de desarrollo. Es exactamente lo contrario. Para ensanchar la libertad hay que colocar fronteras al libertinaje que la distorsiona. Para crecer hay que instaurar normas y regulaciones que eviten los abusos, los excesos y la locura desenfadada de los medios, la institución, por mucho, más impune en México.

No entraré, por razones de formato y tiempo, en una propuesta pormenorizada para la construcción de medios democráticos. Sin embargo, me permito señalar, someramente, tres puntos que, considero, pueden ser materia de discusión:

- 1) Una nueva Ley de Radio y Televisión que comprenda, como punta de lanza, una nueva reglamentación para el otorgamiento de concesiones. No podemos aspirar a un país menos desigual y con mayores oportunidades de acceso a información justa y equilibrada en un país donde menos de 10 grupos controlan los medios electrónicos en el país, fijando, en función de intereses mercantiles o agendas políticas particulares, lo que debe pensar la sociedad y determinando de manera arbitraria, autoritaria y maniquea, lo que es bueno y lo que es malo. Este año hemos tenido varias experiencias muy amargas de cómo intereses muy particulares han convertido a medios electrónicos en vehículos de propaganda, en jurados sumarios, en terribles maquinarias de destrucción de famas, reputaciones y carreras profesionales.
- 2) Eliminación de la eterna y nunca reglamentada Ley de Imprenta, para dar paso a una nueva legislación que castigue la difamación y el libelo. Hoy en día tenemos leyes propias de un país autoritario, donde la difamación y el libelo se castigan con la cárcel. Podemos avanzar hacia un modelo democrático donde esas leyes eliminen la cárcel como destino final de quien incurra en el delito. Pero también pueden contribuir a elevar el costo de la irresponsabilidad, colocando las primeras piedras contra la impunidad de los medios. Para esto, habría que estudiar un sistema de sanciones administrati-

vas con montos proporcionalmente ajustados a la gravedad de la difamación o el libelo. Con esto no se ataca la libertad de expresión ni se busca el control de contenidos, sino se exige responsabilidad en los individuos y los medios. La sociedad tendría una herramienta básica de defensa ante los atropellos, muchos de los cuales pasan hoy sin castigo alguno.

- 3) Pugar por el establecimiento de un Consejo Nacional de Medios. A diferencia de lo que se ha planteado en el Congreso, un consejo de esta naturaleza no puede permitir la inclusión de legisladores o, como señalaban, “representantes de la sociedad civil”, pues integrar a personas que desconocen el funcionamiento, la dinámica y la lógica de la operación del día con día a los medios, no sólo significará tensiones permanentes, sino que, como ha sucedido con algunas experiencias en otras naciones, abre las puertas para introducir censores que, disfrazados de vigilantes, pretendan alterar contenidos sin entender las externalidades que rodean a los medios. El consejo, que operaría como un recurso al cual pueden acudir aquellos que se sientan agraviados por un medio, debe ser un organismo fundado por los medios, quienes se encargarían de su organización y financiamiento, con un carácter consultivo y una autoridad moral tan sólida que aquellas recomendaciones que emitiera fueran acatadas en forma voluntaria. Este consejo tendría, entre sus tareas urgentes, definir el punto que hoy en día enfrenta a los medios con sus interlocutores en todo el mundo: qué es público y qué es privado.

Hay otras herramientas que pueden ser construidas para transparentar aún más a los medios, pero las veo en una segunda fase. El fin de monopolios, la responsabilidad social de los medios, y la reducción de la impunidad de la cual ahora gozamos, son el mejor punto de partida. Reconozco la complejidad de los temas y los intereses que esto significa para llevar a cabo. Pero de la misma forma no encuentro opciones más urgentes y estratégicas para contribuir en la gobernabilidad al tiempo de ir madurando en los medios y modificando nuestros propios paradigmas culturales caminando hacia una cultura verdaderamente democrática.